



LOS QUE NO HAN IDO

Sí, mi excelente Matoses; tienes razón en tu artículo del *Madrid Cómico*. Los que han ido á la Exposición están irresistibles.

Pero ¿dónde te dejas los que no han ido? Irresistibles, lo que se llama irresistibles, no están. Yo, al menos, los resisto sin gran esfuerzo. Verdad es que quien resiste las instituciones vigentes, el Gobierno vigente y la literatura vigente, lo resiste todo.

Ahora, lo que es como cargantes, están más cargantes, mi querido Manolo, que la propia torre Eiffel; de la cual dicen los es-

tadisticultores que de una vez carga, ó se carga, diez mil quince personas de ambos sexos, y todavía le queda el pararrayos libre para enristrar docena y media de personas neutras.

Cuando leí el otro día tu artículo *Los que han ido*, me hice tres reflexiones:

Primera.— ¡Vaya con Matoses! Este Manolo me asombra más que Newton el de la pera y Colón el del huevo. ¡Ahí es nada haber resuelto el problema de que no pasen años por su cara... ni por su agudeza!

Segunda.— Y á pesar de que el artículo es bonito, estaba por decir que *no m'fá goig*, como dicen los paisanos del autor. ¿Por qué? Porque también yo tenía deseos de tratar el mismo asunto. Pero, amigo, estas son las armas de Roldán, y *nadie las mueva*, etc., etc.

Tercera.— No, pues lo que es yo, si me quedo con el asuntillo en el cuerpo, no me dejo en el tintero la pareja. Haré el *pendant* de la acuarela de Matoses, y... *le Christ avec tous*, como diría el moderado histórico que se alababa de haber hecho en París *beaucoup de papier*.

Es por eso que yo (así escriben muchos de *Los que han ido* y algunos de *Los que no han ido*) cojo por mi cuenta á estos últimos, y vuelvo á decir:

Sí, señor; están muy cargantes los que andan en busca de excusas para "justificar," por qué no han ido á la Exposición Universal; y si por acá tuviéramos un Thackeray que hiciera *El libro de los cursis* como el inglés hizo *El libro de los snobs*, ya tenía tema con esas buenas gentes para uno de los capítulos más entretenidos.

— Señor capitán, ¿por qué no ha disparado usted esos cañones?

— Por mil razones justas y cabales, mi general.

— Veamos la primera.

— Porque no tenía pólvora.

— Puede usted ahorrarse las otras noventa y nueve razones.

El cursi tiene también mil razones justas y cabales para no haber estado en París; pero en vez de empezar francamente por la primera, como el capitán del chascarrillo, le espeta á usted todas antes de llegar á la falta de pólvora, que es la buena.

Ó la mala, según por donde se tome el adjetivo.

¡Maldita falta de pólvora!

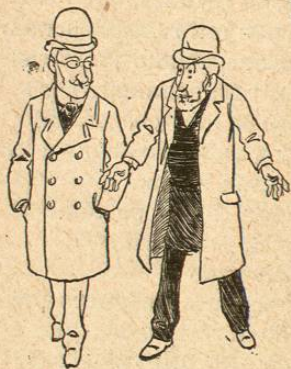
Por ella son los cursis antes mártires que confesores, y por ella hay hombre que á estas alturas, faltando sólo diez años para cambiar de siglo, dice con un candor propio de los tiempos de Mari-Castaña:

—¿Conque la cerraron? ¿Ha visto usted, hombre? ¡Ahora que "íbamos á ir," mi mujer y yo!

Y el pobre hace esfuerzos de ingenio, que le envidiaría el mismo D. Miguel de los Santos Álvarez, para demostrar que en verano no debemos movernos de Madrid, y que en invierno son los viajes más pintorescos y cómodos.

Pero estas excusas pertenecen á la infancia del arte. Entre las que ya manifiestan más adelantos en el género, está la del que se apresura á decir, venga ó no venga á pelo:

—¡Por supuesto, que usted habrá estado por allá!



—No, señor; no me he meneado de acá.

—Pues no tiene usted perdón de Dios.

—Lo que no tengo es dinero.

—¡Bah! A mí no me venga usted... Yo no dispongo de ciertos medios, y sin embargo, hice mi apar-

tado correspondiente, y...

—¿Y se ha divertido usted mucho?

—Diré á usted; como estar, no he estado. De nada sirve tener cuatro cuartos y un poco de voluntad. El hombre propone y las enfermedades disponen... En los días críticos se puso gravísima mi niña mayor, y no era cosa de...

—¡Pues! Le ocurrió á usted lo que á Pifartos y á su esposa. También iban á París; pero al llegar á Venta de Baños, ella se puso muy mala, y tuvieron que quedarse en Palencia.

—¿Y cree usted lo que cuenta Pifartos? Él es un cursi, y discurre esas cosas para encubrir el "quiero y no puedo."

Con lo cual se figura el papá de la niña enferma "en los días críticos," que *prueba la coartada*, y se queda tan fresco, es decir, tan cursi.

Tan cursi como el que invoca el patriotismo, comodín de todas las cursilerías, y dice:

—¿Yo ir á dejar mi dinero en manos de los franceses, cuando mi patria agoniza? ¡Jamás!

—Pues el año pasado tuvo usted una Exposición Universal en Barcelona, y no fué usted á verla.

—Es que los catalanes me cargan. Que se haga una Exposición en Logroño, y verá usted si falto.

— ¡Hombre, sí! Tendría mucho que ver una torre Eiffel formada de pimientos morrones.

Otros dicen:

— ¿Ha leído usted *El Centenario de los impíos*?

— No. Eso ¿qué es?

— Un folleto en donde se demuestra á los católicos que no deben visitar una Exposición destinada á conmemorar hechos nefandos y abominables.

— ¿Y usted ha tomado esas cosas al pie de la letra?

— Sí, señor. La religión es lo primero.

— ¿Y á qué obras de caridad ha destinado usted el dinero que se hubiera gastado en París?

— La caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Los tiempos están muy malos, y...

— ¡Ya!

El conde del Trueno Gordo y el marqués de Arpa Vieja dan otra clase de razones, y hablan por el estilo de don Bartolo, contemporáneo de Caffarielli:

La musica in mio tempo era altra cosa...

— El París de ahora - dice el magnate venido á menos - es muy distinto del de antes. Estos republicanotes lo han echado á perder. París sin Tullerías y sin Mabilie ya no

es París... Yo estuve de chiquitito en la Exposición de 1857; de pollo en la de 1867; y de hombre cuajado en la de 1878. El que se ha divertido lo que me divertí yo en esas épocas, ¿qué gusto va á sacar de ver brutales armatostes de hierro como la Galería de Máquinas y la torre Eiffel?

Ni faltan tampoco originales (originales cursis, se entiende) que dicen con sonrisa volteriana y gesto escéptico:

— ¿Usted sabe lo que dijo con mucho misterio un caballero italiano, momentos antes de morir, á sus parientes y amigos?

— Sí; que le cargaba el Dante.

— Pues bien; yo he dejado de ir á París este año por la misma razón.

— Y el Dante, ¿qué tiene que ver con...?

— Lo que pasaba al italiano con el Dante, me pasa á mí con la torre Eiffel. ¡Me carga, me revienta y me fastidia! Sólo con oírla nombrar y ver sus reproducciones, me pongo nervioso. Figúrese usted lo que me ocurriría contemplándola cara á cara.

— ¿Cara á cara? (¡Adiós, coloso!)

Y así sucesivamente, mi excelente Mato-



ses; sin hablar—porque éste resultaría ya un artículo Eiffel—de los que no han ido por odio al barullo y al gentío, y por miedo á la explotación de los fondistas, y por temor á las humedades del Sena, y por no encontrarse allí con tanto compatriota antipático, y por otras novecientas noventa y nueve razones que de seguro se negaría á cir el general del cuento.

Ya ves, Manuel, que si los tuyos están irresistibles, los míos no están mucho más tolerables.

Pero, en fin, *snoobs* ó *cursis*, al menos sirven para hacernos hablar y darnos qué decir.

¡Nada se pierde en la Naturaleza!

Noviembre de 1889.



LA CARNE POR LOS SUELOS



¡Qué bien hace Castelar en invocar de continuo y á cada paso las leyes de la Mecánica Universal!

Esas leyes serían las únicas en que pudiéramos tener completa confianza, si no existiese la ley del embudo, que en este mundo sublunar es la suprema ley.

Así y todo, queda en segundo lugar algunas veces.

Ahora, por ejemplo.

La ley del embudo había puesto la carne por las nubes... Gracias á las leyes de la Mecánica Universal, vamos á tener durante algunos días la carne por los suelos.

Y ¡cosa rara! el terror de los padres y madres de familia ante la subida del precio de la carne, crece todavía y se acentúa ante el abaratamiento que se anuncia.

—¿Qué inventaremos para satisfacer las necesidades del vecindario?—dirán las autoridades madrileñas.

Porque es el caso (y ya es hora de llegar á él) que hay quien atribuye á la feliz é inteligente iniciativa de nuestras autoridades la llegada á Madrid de Jack el Destripador, como única solución favorable á los intereses de la villa y corte.

Lúgubre es la broma que con semejante suposición se da á nuestras autoridades; pero no es mucho más regocijado el bromazo que éstas dan á Madrid, tolerando que los acaparadores de la carne y los explotadores del Matadero exterminen la población por medio de la consunción y de la anemia.

¡Estos sí que son los verdaderos destripadores!

Nuestras tripas van desapareciendo lenta, pero continuamente, á cambio del majestuoso desarrollo que adquieren las suyas; y en verdad que, á este paso, no va á poder Jack el Destripador ejercer su habilidad profesional sino á costa de sus colegas de por aquí.

Si fuera así, ¡menos mal!

Habría que convenir en que las autoridades madrileñas son mucho más hábiles de lo que parece, y habría que felicitarlas por haber suscitado á los destripadores indígenas la inesperada competencia del destripador inglés.

La ocasión vendría de perillas para exclamar á la antigua española:

—¡Santiago, y á ellos!

(Jack en inglés es lo mismo que Santiago en castellano.)

También vendría de perlas la ocasión á los librecambistas para demostrar la superioridad de sus doctrinas sobre las del proteccionismo, si sucumbieran unos cuantos Jacks de por aquí á manos del "profesor," británico.

Por desgracia, no parecen ser esos los propósitos de que viene animado el célebre maestro de anatomía callejera.

Jack the Ripper, como se dice en inglés (y nótese de paso que la palabra *Ripper* ya trae aparejadas ciertas ideas de atropello y despanzurramiento), ha hecho saber al



público que se propone destripar "cuatro niños en cada uno de los diez distritos madrileños."

Ignoro de qué medios se habrá valido el *Sacamantecas* de moda (*english fashion*) para hacer público su programa, ni más ni menos que si fuera un Buffalo Bill, ó cosa por el estilo; pero ello es que la gente lo dice, y que algunos periódicos lo publican.

Hay madres de familia que han redoblando las precauciones para que sus hijos no se alejen de sus viviendas — con lo cual puede decirse que no hay Jack que por bien no venga; — y este laudable celo maternal ha trascendido á la misma política y al propio Parlamento, en cuyos bancos se nota desde hace algunos días la ausencia de varios jóvenes diputados.

¡Es claro! Las sesiones acaban de noche, y por más que ellos sean inviolables...

Pero en quien la alarma llega hasta el terror es en el bello sexo y profesoras adyacentes.

Un periódico de los que han publicado el programa de Jack (agradezcámosles que no lo hayan puesto en la sección de diversiones, ó acaso en la de cultos), dice que "hay colegios de niñas en que las maestras han advertido á las madres del peligro que corren sus pequeñuelas."

No eran precisamente las pequeñuelas las que el Destripador escogía en Londres con predilección para sus experimentos al aire libre y á la luz del gas.

Ahora, en cuanto á los colegios...

En cuanto á los colegios, yo sé de muchas educandas contra las cuales no podían prevalecer las enérgicas advertencias que la prensa dirigía al gobernador de Madrid, y que ahora se disuelven como la sal en el agua apenas les dice el transeunte:

—Niñas, ¡que viene el destripador!

Lo cual no impide que alguna "se plante," y diga:

—¡Que me lo traigan!

Porque, eso sí, aquí hay hembras que dan quince y falta, cuando no quince y sobra, al mismísimo *Jack the Ripper* en su delicada cuanto peligrosa especialidad.

Madrid posee más de una intrépida *doctress* que "desmondonga," ó destripa al lucero del alba, y después le hace un zurcido sin conocerse.

¿No se alzaría enfrente de Jack el Destripador aquel "espíritu valiente," que don Francisco de Quevedo echaba de menos ante los destripadores de la verdad?

El hecho es, dejando á un lado divagaciones, y prescindiendo de los caprichos cimientos que entre unos y otros ponemos á

este fantástico edificio de los temores del vulgo, que la llegada del Destripador inglés á Madrid no pasa de ser un *mito*, como se decía antes, ó un *símbolo*, como se dice ahora.

Ello es sangriento y horrible, pero exacto.

La carne por los suelos no se ve más que cuando manda Cánovas.

¿Es que se acerca su dominación?

Noviembre de 1889.



TRIBU CON PRETENSIONES



¡Qué país! decían varios ateneístas una noche en la vieja mansión de la calle de la Montera.

Y Manuel, ó don Manuel de la Revilla (como ustedes gustan), que estaba entre los del corro, se apresuró á decir:

—Distingamos. Esto no es país... Es

una tribu con pretensiones.

Revilla se murió, y el país sigue viviendo, aunque con vilipendio, como el célebre fosforero de la Puerta del Sol.

Con vilipendio y sin enmienda.

Continúa siendo la referida tribu con las susodichas pretensiones.